

ral. Mr. Boers me escuchó sin interrumpirme, y despues me contestó con la buena fé y franqueza que mide al hombre por el hombre: "Sois mi recomendado, y este es el momento mas oportuno de corresponder á la confianza de mis amigos; mi casa mi mesa, y cuanto necesiteis está á vuestra disposicion; proseguid en vuestros proyectos sin esperar para ello las inciertas noticias de Europa."

A pesar de todo decidí pasar aún quince dias en Saldaña, á fin de reparar si era posible una parte de las pérdidas que me habian ocasionado los ingleses; no sabia si tendria ocasion de volver á aquellos sitios funestos, y queria á lo menos hacerme con los objetos que no podia encontrar sino allí. Antes de la trágica historia de nuestros barcos, habia comprado un caballo y tomado á mi servicio un hotentote que me guiaba á los sitios mas ocultos. El dueño de la casa en que me hospedaba y sus dos hijos me ayudaban en mis investigaciones.

Una tarde en que nos retiramos mas temprano que de costumbre, hallamos en la casa un hombre que nos aguardaba para solicitar nuestra cooperacion contra una pantera que rondaba las cercañas de su canton, y que periódicamente arrebatava alguna res de su redil. Su proposicion me agradó sobremanera y convine alegremente en acompañarlo, contando con vengarme en esta casería del susto que esperimenté, cazando en la bahía de Saldaña.

Al dia siguiente nos reunimos hasta diez y ocho cazadores con casi igual número de perros, y ya en marcha supimos que durante la noche la pantera habia arrebatado un cordero. El terreno era muy llano, y sin mas accidentes que algunos matorrales esparcidos de trecho en trecho, los cuales era menester registrar con mucha precaucion.

Al cabo de una hora de pesquizas encontramos medio devorada la res que arrebató la pantera, y una vez seguros de la pista, juzgamos que no debia estar lejos. En efecto, algunos instantes despues, los perros, que hasta entonces no habian hecho otra cosa que correr de un lado á otro, se reunieron y lanzaron á doscientos pasos de nosotros hácia un matorral, al que ladraban con todas sus fuerzas.

Salté del caballo, y despues de entregarle á mi hotentote, me dirigí hácia el matorral para situarme sobre una eminencia á cincuenta pasos de él; pero volviendo la vista á mi derredor, observé que ninguno de mis compañeros conservaba tranquilo continente. Juan Slaber, uno de los hijos de mi patron, coloso de seis piés, se situó á mi lado, porque decia que no queria abandonarme, aunque fuera á riesgo de su vida. Sin embargo, los latidos de su corazon y la palidez de su rostro dejaban traslucir que no contaba demasiado consigo mismo. Me advertieron que en el caso de divisar la fiera no gritara *saa, saa*, sino estaba á campo raso y prevenido de toda sorpresa; porque esta palabra, aunque escitaba los perros, escitaba á la fiera tambien á lanzarse sobre quien la proferia. Esta prevencion fué inútil; el animal, receloso de los perros, no se atrevia á salir, y los perros temerosos de ella no penetraban; mi perra era la única que animada por

mis voces se mostraba á la cabeza de todos, y entraba mas en la espesura.

El tigre lanzaba ahullidos terribles; por instantes esperaba su acometida, y los perros al menor movimiento retrocedian precipitadamente. Algunos disparos dirigidos al azar, determinaron por fin su brusca salida, y el aparecerse fué señal de retirada para todos; permanecí solo con mi hotentote; el tigre para ganar á otra espesura pasó como á cincuenta pasos de mí seguido de los perros. En su tránsito disparamos las escopetas, y por algunas manchas de sangre y por el ardor que mostraban los perros, presuminos haberla herido; el matorral en que se habia refugiado era menos espeso que aquel del cual habia salido. Algunos cazadores se aprocsimaron, y en el espacio de una hora, hicimos á la espesura mas de cuarenta disparos. Cansado de aquel ejercicio, monté á caballo y me dirigí al lado apuesto de donde cargaban los perros, presumiendo sorprenderla mientras hacia cara á aquellos. Cuando hube tomado mis precauciones disparé sobre ella así que la divisé, despues de lo cual desapareció. Como no se la sentia, juzgué que debia estar muerta ó peligrosamente herida; pero sin embargo, no me pareció prudente internarme solo; así, que invité á los demás camaradas á que me acompañasen, en el concepto de penetrar reunidos y en accion de derribarla de una descarga si nos acometia. Esta proposicion no fué del gusto de los demás, por lo que decidí buscarla acompañado solo del hotentote, al que encargué montase á caballo y se aprocsimase hasta ver si la descubria, en tanto que yo guardaba la entrada por si trataba de escapar. No bien habia dado un paso, cuando gritó que veia al tigre tendido, sin movimiento, al parecer muerto. Para asegurarse le asestó un tiro; fuíme al punto á reunir con mi valiente hotentote que participaba de mis emociones de alegría. Sacamos al animal de la espesura, pudiendo así contemplar á mi gusto su enorme magnitud. Le admiraba con orgullo, era mi primer ensayo, que por casualidad se habia operado en un tigre de buena raza; desde la punta de la cola hasta el hocico tenia siete piés y dos pulgadas, por una circunferencia de cerca de tres piés. Ecsaminándole, reconocí todos los caracteres de la pantera descritos por Buffon con tanta exactitud, no obstante que en toda la colonia no le denominan de otro modo que por tigre.

En general en las colonias se teme á la pantera mucho mas que al leon. Este no se aprocsima sin anunciarse con rugidos espantosos, dando la misma señal para la defensa; la otra al contrario une la perfidia á la ferocidad, se acerca sin ruido, se desliza con destreza, busca la ocasion, y saltando sobre su presa la arrebatava antes de sospechar siquiera su aprocsimacion. Despues de hacer mis observaciones acerca de la pantera y de sacar su bosquejo, nos creimos en el caso de despojarla de la piel. Poco á poco se fueron acercando los poltrones, y puede juzgarse de su confusion al vernos operar tan tranquilamente, y en verdad que de algo tenian que avergonzarse, ante quien por primera vez se habia encontrado mano á mano con una fiera, y habia

mostrado siendo extranjero mas intrepidez que todos ellos habiendo nacido en Africa.

Cuando mi hotentote hubo arrancado la piel á la fiera, se cubrió con ella, y cuando ufanos de regreso marchábamnos seguidos de una porcion de perros, cuyos amos se habian eclipsado, nos sirvió de diversion el terror que aún les infundia aquella piel, particularmente cuando mi hotentote hacia que se volvía en ademán de acometerlos.

Con este hecho cundió mi reputacion de cazador á tal punto, que á poco recibí una invitacion de otro colono que vivia á cuatro leguas de nosotros, suplicándome que ayudara á sus hijos á cazar una pantera que devastaba sus posesiones.

Lo que acababa de sucederme en mi primera expedicion no me dejó con deseos de empeñarme en otra, por no verme espuesto á ser víctima de la cobarde desercion de los demás; así que me escusé diciendo al mensajero que no habia traido por objeto á aquellas regiones emplearme en la estincion de la raza de los tigres, servicio que despues de todo redundaba solo en provecho de los poltrones; que si la casualidad me deparaba trances de aquella naturaleza, procuraria salir de ellos como me fuera dable, y que por lo tanto ni impetraba ausilio de nadie, ni tampoco prestaria á nadie mi cooperacion. Hasta tal punto habia mi buena estrella escitado mi orgullo; por entonces lo menos me creia un Teseo.

Fuera de propósito confundí aquellos colonos con los que me asistia el derecho de quejarme. La invitacion era de uno con quien despues tuve ocasion de entablar relaciones, y por cierto que me arrepentí de la prevencion que alimenté por sus hijos, pues llegó el caso de dar en mi presencia pruebas de que no se arredraban en un momento crítico.

El tiempo que me habia limitado al despedirme de Mr. Boers, habia transecurrido; la estacion favorable para mi viage en el interior del pais se venia prócsima; me era menester hacer grandes preparativos y recoger informes, todo lo que requeria tiempo. Así, pues, me despedí del buen Slaber y de toda su familia, de la que me separé con sentimiento. Allanados los obstáculos, libre de cuidados, de inquietudes, y mas ligero que habia venido, dirigí una mirada á la bahía de Saldaña, y me puse en camino para el Cabo.

XI.

EL CABO.—INVASION DE LOS CAFRES EN 1837. (1)

La suerte de los hotentotes habia mejorado considerablemente desde la entrada de los ingleses en el cabo de Buena-Esperanza; pero la prosperidad de la colonia habia recibido un golpe funesto. El acta de emancipacion de esclavos, y los medios acordados para indemnizar á los propietarios de esta espoliacion de su fortuna, fueron dos medidas

(1) Extractado del viage de circunnavegacion de la fragata Artemisa en 1837 y siguientes, por Mr. Laplace, capitán de navío.

igualmente desastrosas que no dieron otro resultado que la carestía de los jornales; y aunque como consecuencia natural de tal estado de cosas se acreció el valor de la riqueza territorial y de la industria, disminuyó mucho la arribada de buques para provisionarse, á causa de los incesantes progresos del arte de la navegacion.

Sin embargo, todavía no pareció satisfacerse con estos rudos golpes la ternura de ciertas sectas para con la raza negra, y valiéndose de su influencia con los cafres de Africa, y en Lóndres con sus adeptos en las cámaras, dispusiéronse á dar otro mas terrible.

Poco á poco, merced á la tranquilidad que disfrutó el pais desde la invasion de 1818, íbase repeniendo de los sacudimientos que habia experimentado, cuando los cafres, mostrando entre sí un acuerdo de que no habia ejemplo, invadieron el territorio precisamente del lado que estaba mas desguarnecido de medios de defensa, y llevaron la devastacion y saqueo hasta el corazon mismo de la colonia. Las causas de esta inmotivada invasion son por demas misteriosas, si bien por las recriminaciones de los colonos, y los ministros metodistas establecidos entre los irruptores, hay motivos para discurrir que para llevarla á cabo debió entrar por mucho el fanatismo, los intereses, y el amor de dominacion de los misioneros. Sin embargo, es asunto para cuya decision seria menester meditar detenidamente, las razones de acusadores y metodistas, aunque depone mucho en favor de los primeros la uniformidad de miras de los gefes invasores, casi siempre enemigos jurados entre sí, y la homogeneidad de opiniones cuando obligados á renunciar á sus locas esperanzas entraron en pacíficas negociaciones.

Felizmente para la colonia, no se demoró demasiado este momento; envanecidos los cafres con el buen écsito de su primera tentativa, se internaron cada vez mas, hasta encontrar en los naturales secundados por las tropas enviadas en su ausilio, una resistencia que se trocó muy pronto en iniciativa de ataque tan vigoroso, que los rechazaron hasta las orillas del Gran-Poisson, donde aunque en tono de vencedores, propusieron transigir si se les concedia la posesion del fruto de su rapiña. Semejante condicion fué acogida con el desden que se merecia, y en su virtud renovadas las hostilidades con mas brio que nunca, pues habia llegado en persona el general gobernador con tropas de refresco. Palmo á palmo defendieron los cafres la posesion del terreno que habian conquistado, hasta que considerando muertos en su derredor sus principales gefes, perdidos los ganados que arrebataron, y rechazados hasta la frontera del territorio europeo, entraron en negociaciones para terminar la guerra, ofreciendo deponer las armas; pero como se les ecsigiese extender la frontera cuarenta lenguas dentro de su territorio, y no convinieran en ello, continuaron con encarnizamiento la resistencia, hasta ser completamente derrotados y reducidos á rendirse á discrecion.

Así terminó una guerra, acerca de la cual toda-

vía alzaban la voz los partidarios de los misioneros para ensalzar la humanidad y desinterés de los depredadores de la colonia, en tanto que calificaban á los defensores de su integridad de espoliadores y verdugos de los inofensivos salvajes.

Restablecida la tranquilidad, fuése recobrando el país de sus pérdidas, y merced al celo del gobernador, se pobló de emigrados el distrito recién adquirido, el cual recibió el nombre de Adelaida, en honor al nombre de la reina de Inglaterra. De este modo todavía la colonia podía aguardar días prósperos; pero los misioneros con su influencia consiguieron que el gobierno censurase la conducta del gobernador, y le encargase tratar á los cafres como gentes cuyas pacíficas intenciones había desconocido, y hacía los que no guardaban los blancos la consideración que se les debía. La relación de sus excesos fué calificada de calumniosa, y con gran consternación de todos recibióse orden de restituirles, no solo el distrito de Adelaida, sino también una gran parte del de Albany, cuya posesión disfrutaban hacia más de quince años, y en el que había establecidos millares de emigrados. La frontera oriental de la colonia, debía, pues, considerarse desde entonces limitada por la orilla del Gran-Poisson.

A esta sazón llegué á la colonia, cuando era universal el disgusto y el descontento; el gobernador, indignado de las calumnias del partido de los misioneros, había hecho dimisión, la cual le había sido admitida. A causa del trastorno producido por la espropiación de los colonos del territorio devuelto á los negros, habían experimentado una subida extraordinaria de precio los artículos de primera necesidad, y de consiguiente disminuido considerablemente la exportación y el provisionamiento de los buques en estación; la industria, como es de suponer, no se resentía menos que el comercio. Así es como el gobierno inglés ha destruido para siempre la prosperidad de una de sus más importantes colonias por su condescendencia en satisfacer los deseos de esas congregaciones de misioneros tan influyentes en Inglaterra.

Las desgracias que han experimentado los habitantes del antiguo establecimiento holandés, no han producido cambios tan notables en el Cabo Town que pueda observarlos un viajero á primera vista; por todas partes se descubre cierta magnificencia que anuncia el centro de los negocios de una poderosa colonia; sus edificios son bellos, sus calles espaciosas, y provistas la mayor parte de un canal guarnecido de árboles, cuyo ramaje defiende á los transeúntes de los rayos del sol. Como estábamos en verano, y á la hora del medio día el calor era muy intenso, hacia mis escursiones por la mañana temprano, recorriendo la ciudad en todos sentidos. De uno de los innumerables botes que acuden al rededor de los buques anclados, y después de dejar á un lado los rebeldes del castillo de Williams, cuya base baña el mar, y al otro el edificio destinado á aduana, saltaba á tierra en una anchurosa plaza de forma rectangular, guarnecida de dos hileras de árboles y de un lecho para la corriente de las aguas

llovedizas. Esta plaza, está rodeada por tres de sus lados de magníficos edificios, entre los que se distinguen los antiguos almacenes de la compañía, transformados hoy en cuartel, y cuartel capaz de alojar muchos regimientos. El conjunto de estos edificios ofrecería un aspecto soberbio, si no descollara un edificio destinado á bolsa y biblioteca, el cual por su poca esbeltez y ninguna elegancia, contrasta desgraciadamente con sus colaterales. Dando de espalda al mar, entraba en una calle espaciosa, en la cual divisaba mil objetos que escitaban mi atención, sobre todo, concerniente á los edificios construidos de piedra ó de ladrillo, y descollando en unos la arquitectura holandesa, al paso que en otros se notaba la tendencia del gusto de las casitas á la inglesa.

De la mayor parte de aquellas lindas habitaciones salían una porción de gentes, que á caballo ó en elegantes carruajes aprovechaban aquella hora para disfrutar de la temperatura agradable de la mañana, en tanto que comenzaban también á circular gran porción de carretadas tiradas por una ó más parejas de bueyes que venían á depositar sus carguños en los almacenes de la ciudad.

Estraordinariamente me distraía presenciar todas aquellas escenas matutinas, hasta que aturrido por los gritos de los carreteros, por el polvo que levantaban sus carros, y más que todo, por el temor de que me atropellasen, me encaminaba hácia el paseo inmediato á la residencia del gobernador, que en otro tiempo parece formaba parte del jardín de la compañía, el cual, á pesar de su belleza y frondosidad es poco concurrido de los vecinos de la ciudad, que prefieren engolfarse por sus empolvadas calles.

A aquella deliciosa sombra acudía yo á buscar en la frescura y soledad esparcimiento al ánimo; el susurro de las regueras que bañan el pie de la alameda, el gorgojo de los pajarillos y la consideración de las plantas y las flores, me hacían experimentar una sensación deliciosa que puede comprender tan solo todo hombre apartado de los seres que le son queridos, condenado á una reclusión casi continua, y lo que es más cruel aún, á un aislamiento moral. Mi espíritu vagaba á merced de la fantasía, ya recorriendo lugares apartados, ó ya considerando los cuadros de jardinería que tenía ante mis ojos, y de bosque en bosque, y de calle en calle, llegaba á dar vista al palacio del gobernador, edificio espacioso, cómodo, situado en medio de una campiña agradable que contenía un parque y un jardín botánico.

Sin embargo, todo esto hoy no es más que un pequeño resto del regio esplendor en que en otro tiempo vivía la primera autoridad del Cabo: el gobierno ha disminuido de tal modo los emolumentos de sus primeros empleados en las colonias, que son pocos los que pueden sostener una representación conforme á su rango, ó á lo menos semejante á la que ostentaban sus predecesores. Sin embargo, el edificio que contemplaba era bastante digno del jefe de una gran colonia; su posición en el centro de jardines deliciosos, no podía mejorarse bajo el

punto de vista de lo ameno, ni tampoco respecto de su utilidad, puesto que merced á una disposición nunca bastante agradecida, reunía en su derredor las dependencias de casi todas las administraciones públicas.

Al pie de la Tabla, en el suave declive que se estiende desde su base hasta el mar, está edificada la ciudad del Cabo, dominada por la blanquecina montaña casi despojada de vegetación. Sin embargo, antes de su completa aridez, entre las quebraduras del terreno, divisanse esparcidos lindos huertecillos y casitas de recreo dispuestas con todo el esmero y gusto que reservan los ingleses á este efecto. Aquí terminaba mis paseos matutinos, parándome muchas veces á considerar alternativamente este paisaje y el inmenso Océano, sobre cuya azulada superficie se destacaban los bancos de arena de la costa y los picos de roca contra los que se estrellaban las olas. Interrumpía solamente la uniformidad de esta perspectiva, la isla de Roben, en la cual, á través de la bruma percibía confusamente el presidio, edificio que albergaba los penados por la justicia, que se ocupaban por cuenta del Estado en la explotación de canteras.

Entre estos desgraciados, moraban frecuentemente también otros que lo eran más, pues que no debían su mala fortuna á la implacable política de los holandeses, siendo muy difícil enumerar los gefes malayos que con su libertad y su vida pagaron en aquellos horribles lugares la resistencia que opusieron á los tiranos de su patria. Allí, en un terreno completamente despojado de árboles, y castigado por los huracanes y las conmociones subterráneas, vegetan aquellos desterrados que tardan poco en sucumbir de disgusto y fastidio. ¡Cuántas veces tienden la mirada á considerar el canal que separa su prisión del continente! En este canal de pocas millas de anchura, está la mar embravecida, y cuantos han tanteado franquear aquel paso en endeble embarcaciones, han sucumbido.

Aunque se aproximaba la estación rigorosa para aquellos mares, estación en que queda desierta la rada, todavía ofrecía esta un aspecto animado al considerar los pocos, pero bellísimos buques que esperaban por desgracia de un momento á otro su partida antes que comenzasen las brisas. Sobre un plano más cercano divisaba la ciudad y los más notables edificios, modernos en su mayor parte, pues daba vista hácia donde la población comenzaba á extenderse. El colegio africano, el campanario de la bellísima iglesia anglicana, y un poco más apartada la torre del templo luterano y la de los protestantes, forman un panorama seductor; allí cada religión y cada secta tiene su punto de reunión y su pastor; á aquel le cuidan y conservan con esmero; al segundo retribuyen ampliamente con el interés y buen afecto que le profesan.

Próximo al pico de Verta, que también descubría, pasan generalmente los buques que vienen á la bahía, siendo aquel sitio por esta razón y por la frescura del ambiente, el punto de reunión de la buena sociedad. Allí también es donde en ciertas épocas del año concurre la población en masa á pre-

senciar las carreras de caballos, moda introducida por los ingleses, siendo la razón de su frecuencia una de las que más deben haber contribuido á que adquiriera hácia aquel sitio más ensanche la población. Los ingleses por espíritu de egoísmo ó por su muy general predisposición á la soledad, estiman aquellos sitios y hacen construir sus casitas, á pesar de la completa esterilidad del suelo y hasta de la carencia de agua. Sin embargo, disfrutan de una temperatura agradable siempre, y de la vista del Océano, y de los buques que entran y salen de la rada.

La ciudad había cambiado de aspecto; poco á poco iba quedando desierta, retirándose cada cual á descansar del paseo, y á sustraerse de los rayos del sol. Sin embargo, la ciudad á pesar de sus edificios públicos, suntuosos los más, y de la belleza de la mayor parte de los particulares, ofrece cierta apariencia de tristeza que no puede atribuirse sino á la poca elevación de las casas, comparada con la escasa anchura de las calles.

Entre las cosas que más llamaron mi atención, fué una la multitud de perros vagabundos que hallaba por todas partes, y que no parece sino que estaban encargados por la policía del aseo de la ciudad, según el afán con que se disputaban las inmundicias, lo que á decir verdad no debía de ser importante, por el descuido que reinaba en lo concerniente á higiene pública. Otra cosa notable también es la ausencia de la mendicidad, lo que más que al precio subido de los jornales, y á la baratura de los artículos más indispensables para la vida, debe atribuirse á los numerosos establecimientos de beneficencia sostenidos por el vecindario, con una generosidad digna de elogio.

El castillo de Williams, llave del Africa Meridional, ofrece un aspecto imponente, pero triste, y al considerarlo detenidamente, no pude menos de dolerme de la suerte de los militares, reducidos á vivir en aquel recinto, sin otra distracción que la de mirar al desembarcadero situado al pie de las murallas. Sin embargo, excepto en la mala estación, período en el cual es peligroso el anclaje, ofrece un espectáculo muy animado á causa del activo movimiento que mantiene el comercio.

Como esta era la época del año en que los labradores trasladan á la ciudad sus frutos, estaba el camino de Constanza cubierto de grandes carretadas cargadas hasta el exceso; muchas de ellas llegan de países escarabrosos, próximos á las fronteras, distinguiéndose de los demás en la superioridad de talla y vigor de los bueyes que las arrastran; sin embargo, en general, casi todo el ganado empleado en aquella conducción me pareció estraordinariamente fatigado.

En conclusión, el Cabo de Buena Esperanza es para la Gran Bretaña una posición militar importante; pero sería un error considerarle establecimiento capaz de justificar las esperanzas que hiciera concebir su conquista, ni tampoco de compensar los sacrificios operados en su favor al cabo de cuarenta años.

Pero en tanto que me engolfaba en mis observa-

ciones, transcurrian las horas, el calor se hacia intenso, y las nubes que aparecian sobre la cúspide de la montaña, anunciaban mal temporal. Así, pues, decidí tomar el bote para trasladarme á bordo.

La aparicion de un navio francés de la fuerza de la Artemisa, fué una novedad que no podia menos de producir gran sensacion en la sociedad de Cabotown, tan ansiosa de placeres y distraccion; frecuentemente acudian á visitar la fragata jentes que despues nos pagaban en tierra con cordial acogida, la que alternativamente les habiamos ofrecido mi estado mayor y yo. La tripulacion, lo mismo que sus oficiales y comandante, dando frecuentes paseos por tierra, cobraron nuevos bríos; los que llegaron enfermos se restablecieron, consiguiendo de este modo poner á todos en estado de arrostrar sin temor de enfermedades, las fatigas que debiamos experimentar durante nuestra larga navegacion. Sin embargo, contaba con tocar en Borbon, á pesar de hallarse la fragata bien provisionada de agua y víveres. Sin obstáculo que se opusiese á nuestra partida, decidí darnos á la vela el 22 de Abril antes de medio dia.

XII.

CRISTÓBAL COLON.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por escelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el universo, y la posteridad mas remota tributará á su memoria unánimes homenajes, porque le debemos el descubrimiento mas importante con que el hombre pueda envanecerse; este hombre memorable es CRISTÓBAL COLON, pue adivinó y encontró un Nuevo-Mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las mas activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertian con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocacion á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensacion á los trabajos y peligros.

Colon, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debia ser algun dia: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenian ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colon, á la edad de diez años, sabia leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habian asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavia, donde estudió la gramática y el latin, que se consideraba en-

tonces como la base de la educacion, y despues la geografía, astronomía y navegacion; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podia satisfacer al jóven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavia podian enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria, y un año despues se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcacion, con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenia ya algunas de las cualidades del mando; la decision, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetracion y aquella presencia de espíritu, tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Despues de haber tomado parte en la expedicion que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habian invadido el Rosellon.

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colon. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatía por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servia á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos horas de combate, llegaron al abordaje, y en aquel crítico momento, el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se estiende con violencia, y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas, á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion. Esperando el momento mas favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él para no ser sumerjido, se dirige hácia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal, y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navíos, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia sal-

vado, y despues de algunos dias de descanso se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se ve que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se estendia hasta el polo Norte, ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodía.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion: ya se habia oido hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses, y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debian á este privilegio esclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías, al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció tambien los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa: precisamente con el que habia descubierto las islas del Porto-Santo y Madera, y así pudo con-

(1) Plinio, sin embargo, dice: que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta al África, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las escursiones en el grande Océano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz, viéndose perseguido por una nave de aquellos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viage.

(Nota del traductor.)

sultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones: ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes, con sus relaciones y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias, en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. “No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via recta al Oeste, al través del Océano Atlántico ¿no se llegaria á una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido por el contrario, de que la India es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se estiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion guie constantemente al Oeste, y llegará á la India.

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitan de un navío portuguez que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado, que en uno de sus viages, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera, cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llaman tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aún desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habian encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones, fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la